

LIBRO UNDÉCIMO.

CARTA PRIMERA (1).

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

He recibido la carta que entregaste á Anteros (2), por la que nada he logrado saber de mis asuntos domésticos, cuyo estado es deplorable, siendo lo que más me apesadumbra el alejamiento del que los dirigía, ignorando yo hasta el punto en que se encuentra. En cuanto á mi fama é intereses, puedo contar absolutamente con tu amistad, tantas veces probada. Si no me la retiras en esta cruel extremidad, tendré más valor contra los males que me abrumen. Te ruego me des esta nueva prueba de cariño. Tengo en Asia dos millones doscientos mil sextercios en cistotoros: por

(1) Nueve meses han trascurrido desde la última carta de Cicerón á Atico y la presente (mayo del 705 á febrero del 706). César terminaba la guerra de España cuando Cicerón llegó á Macedonia. No tuvo allí tiempo Cicerón para escribir á su amigo, absorbiéndole por completo los asuntos de Pompeyo; y si escribió en aquel tiempo algunas cartas á Atico, se han perdido. Sea de esto lo que quiera, después de vencer en España á los tenientes de Pompeyo, César regresó á Roma, donde fué elegido cónsul con Servilio Isaurico, y desde la víspera de las nonas de enero (4 del mismo mes) hizo pasar su ejército al Epiro. Nos encontramos en visperas de la batalla de Farsalia.

(2) Liberto de Atico.

medio de permutaciones sobre este dinero, fácil te será cubrir mis compromisos. Si no hubiese creído mis recursos locales en estado de atender á ellos, y esto bajo la fe de un hombre de quien tú aprendiste á desconfiar hace mucho tiempo, hubiese aplazado mi marcha y ordenado mis negocios. Si este aviso llega algo tarde á tu noticia, es que no he sabido antes lo que me amenazaba. Ayúdame, ayúdame, te lo suplico, y que pueda participar del éxito de mis asociados si la fortuna les favorece, y atribuir el beneficio á tu amistad.

CARTA II.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Recibí tu carta la víspera de las nonas de febrero (1), y en el mismo día acepté la herencia (2). En medio de todas mis desgracias, tendré un cuidado menos si, como dices, el importe de la herencia basta para pagar á mis acreedores y poner mi honor á cubierto. Veo además que podría contar contigo aunque me faltase este recurso. En cuanto á lo que me escribes relativamente á la dote de mi hija, te ruego por todos los Dioses que dediques á socorrer á esa desgraciada, que lo es por culpa mía, todo lo que me queda, si es que me queda algo; en caso necesario préstale de lo tuyo, que puedes hacerlo sin trabajo; procura, en fin, como me prometes y yo cuento con ello, no dejarla carecer de nada. ¿Adónde van á parar las rentas de mis tierras? He aquí sesenta mil sextercios de menos. Esta es la primera vez que

(1) 4 de febrero.

(2) He visto la herencia *Crevi hereditatem*, fórmula de derecho para decir que se aceptaba.

oigo hablar de ello, y jamás hubiese consentido en disminuir de un modo tan considerable el producto de la dote. Otros muchos motivos de queja tengo que no puedo referirte porque me lo impiden el dolor y las lágrimas. He retirado cerca de la mitad de los fondos que tenía en Asia. Creo que este dinero se encuentra más seguro donde está ahora que en manos de los publicanos. Me dices que tenga valor; ¿dónde ves motivos de confianza? Y si es cierto, para colmo de males, que, á pesar de que nada me dices, se quiere atentar á mi casa (1), como asegura Crisippo (2), ¿dónde hay hombre más infortunado que yo? Perdóname, te lo ruego; no puedo continuar. Ya ves cuánto me abruma el dolor: si al menos esta desgracia me afligiese á la vez con los de mi partido, me la censuraría menos y la soportaría mejor. Pero ni siquiera tengo este consuelo. Procura, si es tiempo aún, que no sea objeto de rigores y persecuciones excepcionales. He tardado en enviarte á tu mensajero, pero no he podido hacerlo más pronto. He recibo de los tuyos setenta mil sextercios, con las ropas que necesitaba. Te ruego escribas en mi nombre á quienes creas necesario. Conoces á mis amigos. Les sorprenderá ver otra letra y otro sello, pero les dirás que temía interceptasen mis cartas.

CARTA III.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Por el portador de esta carta podrás saber lo que aquí hacemos. Mucho tiempo le he detenido esperando noveda-

(1) Los enemigos de Cicerón pedían que se confiscase su casa del monte Palatino para castigarle por haberse reunido con Pompeyo.

(2) Liberto de Cicerón.

des diariamente, pero nada ha ocurrido y te escribo solamente por contestarte. En cuanto á mis propósitos para las kalendas de julio (1), la cuestión no es fácil de resolver. En lo relativo á comprometer cantidad tan considerable en tiempos tan calamitosos, á realizar ese divorcio en medio de tales incertidumbres, no puedo hacer otra cosa, como en tantas ocasiones, que entregarme á tu constante amistad y dejar á mi hija dueña de la decisión. Desgracia grande ha sido para ella que no pudiese yo en otro tiempo entenderme contigo de viva voz más bien que por cartas, acerca de lo que exigía el cuidado de nuestros intereses y de nuestra existencia. Dices que no tengo que temer ningún peligro especial: algo puede tranquilizarme eso, pero demasiado sabes que existen muchos motivos de inquietud que solamente se refieren á mí, que son muy graves y que fácilmente hubiese podido evitar. Mas podrán aligerarse si, como siempre lo has hecho, me prestas el concurso de tu actividad y prudencia.

Tengo dinero en casa de Egnacio: que permanezca allí. La situación actual no puede prolongarse mucho, y más adelante veré lo que he de hacer. Sin embargo, carezco de todo, y nuestro jefe no se encuentra en mejores condiciones á pesar de que le he hecho un préstamo considerable (2), lisonjeándome con que me servirá de honor si el

(1) El 1.º de julio. Este era el día en que Cicerón debía entregar á Dolabela el segundo plazo de la dote de Tulia. Cicerón tenía dificultades para ello, porque si pagaba era de temer que Dolabela disipase en seguida aquel dinero, y por consiguiente que no pudiera restituirlo en caso de divorcio. Por otra parte, reteniéndole, daba motivo á su yerno para que pidiese el divorcio, y ofendía á un hombre que gozaba del favor de César y que podía enemistarle completamente con él. Quería, pues, esperar, para decidirse, el resultado de la batalla que iba á librarse y que decidiría de sus asuntos como de los de su yerno. Ignórase si esperó hasta entonces, pero en todo caso pagó el segundo plazo de la dote.

(2) Alusión á los 2.200.000 sextercios que le pertenecían, y de los

orden se restablece algún día. Si consideras oportuno que escriba á alguien, hazlo tú en mi nombre. Mis saludos á tu familia. Cuida de tu salud. Recuerda en todo tu promesa, y atiende á no dejar carecer de nada á una persona cuyos sufrimientos, como sabes, constituyen mis mayores amarguras. En el campamento, idus de junio.

CARTA IV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

He recibido una carta tuya por medio de Isidoro (1), y otras dos después con fecha más reciente. Veo por la última que no se venden mis fincas rústicas (2). Necesitarás atender de tu peculio á las necesidades de mi hija. En cuanto á lo de Frusino (3), si vivo, es cosa que me conviene. La escasez de mis cartas depende de la carencia de noticias. Nada sé que merezca tu atención; y además, ni el giro de los acontecimientos, ni las medidas que se toman me agradan en manera alguna. ¡Ojalá hubiese podido oportunamente entenderme contigo de viva voz, más bien que por cartas! (4) Sostengo tus intereses delante de éstos lo

que se apoderó Pompeyo en Asia. Cicerón demuestra aquí profunda resignación filosófica diciendo que ha prestado este dinero á Pompeyo.

(1) Esclavo de Atico.

(2) Quería vender sus bienes para dar dinero á Tulia.

(3) Había vendido sus bienes de Frusino (hoy *Frosinone*) y quería recobrarlos.

(4) Ya en otra carta expresa este pesar, y puede creerse que es el de haber ido á reunirse con Pompeyo, cosa que no habría hecho á experimentar la influencia personal de Atico en vez de recibir cartas que, una vez leídas, le dejaban entregado otra vez á sus inspiraciones.

mejor que puedo. Céler obra por su parte. Hasta el presente, no he querido encargarme de nada, de nada que no entre en mis gustos y en mis propósitos. Me preguntas qué ha ocurrido de nuevo (1). Isidoro te lo dirá; lo restante no será más difícil á lo que creo. Obras muy bien, y te suplico continúes velando por lo que más me interesa. Mi tormento moral no cede, y mi salud se resiente: en cuanto me lo permita, iré á conferenciar con el que dirige nuestros asuntos (2) y que vive con la mayor confianza. Nuestro amigo Bruto (3) demuestra mucho celo aquí. Esto es cuanto la prudencia me permite escribir. Te suplico no omitas nada para asegurar el segundo pago; ya te dije en la carta que te llevó Pólex lo que debía hacerse.

CARTA V.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Decirte que me ha impulsado el instinto; que circunstancias irritantes, crueles, inauditas han determinado en mí esta resolución (4), ó más bien este arrebató, sería es-

(1) Había de nuevo que habiéndole atacado César el campamento de Pompeyo en Dirraquio, y habiéndole sido rechazado, este fracaso, que, por confesión de César, podía haber arrastrado su completa derrota «si el enemigo hubiese tenido un general que supiera vencer,» inspiró mucha confianza á Pompeyo y sus tropas, y Cicerón participaba de esta confianza.

(2) Con Pompeyo.

(3) Tenía tanto mayor mérito al mostrar aquel celo, cuanto que al servir á la causa común servía también á Pompeyo, matador de su padre.

(4) Estas circunstancias eran los peligros que había corrido la vida de Cicerón después de la batalla de Farsalia, cuando, negándose á tomar el mando de quince cohortes que hasta entonces habían

fuerzo demasiado doloroso. Juzga de las cosas por el resultado. Me encuentro en situación de no saber qué escribirte ni qué desear de tí, tanto más, cuanto que las cartas que tú me has escrito, que otros han recibido tuyas, ó que se han dirigido en tu nombre, demuestran demasiado, como yo pensaba, que ya no crees en el éxito de tus primeras tentativas, y que buscas otros caminos para servirme. Tu consejo de acercarme á Roma y de no pasar por las ciudades sino de noche, no es cómodo de ejecutar. ¿Encontraré yo en todas partes sitios de descanso adecuados para pasar el día? ¿Y qué diferencia encuentras entre que me vean en una ciudad ó en un camino? Sin embargo, reflexionaré y haré lo más conveniente. Me limito á contestar á las cartas que recibo. Dígnate escribir en mi nombre, tanto á Basilo (1) como á todos aquellos á quienes creas necesario, y también á Servilio (2), si te parece bien. Si he guardado tan largo silencio, comprenderás que ha sido por falta de asuntos que comunicarte, y no por carecer de buena voluntad.

Deseas saber cómo se ha portado conmigo Vatinio (3): tanto él como los otros no han perdido ocasión de servirme. Quinto ha estado pésimo conmigo en Patras, donde se le ha reunido su hijo, viniendo de Cociro. Creo que han marchado ya para hacer lo mismo que los otros.

estado al mando de Catón, el hijo de Pompeyo y sus amigos quisieron matarle. Otra causa era que regresaba á Italia ignorando si lo aprobaría César.

(1) L. Minucio Basilo, antiguo legado de César en la Galia, y después uno de sus asesinos.

(2) P. Servilio Isaurico era entonces cónsul con César.

(3) Era á la sazón cónsul designado con Q. Fufio Caleno. César había dado á Fufio el mando de la Acaya.

CARTA VI.

CICERÓN Á ÁTICO. SALUD.

Veó cuánto te atormenta á la vez tu situación, la de la República, la mía especialmente y la aflicción que me abrumba. No alivia mi dolor la parte que tomas en él, sino que, antes al contrario, se irrita más y más. Prudente eres en tus consuelos, especialmente cuando apruebas mi resolución y me dices que no podía obrar de otra manera; y cuando añades (lo que me consuela menos que tu juicio, pero me consuela también) que de igual manera piensan los demás, al menos todos aquellos que tienen alguna importancia. Si me encontrase seguro, me quejaría menos. Dicesme que crea en tu palabra: creo en ella, pero sé que atiendes mucho á consolar mis penas. Heme alejado del ejército y no me arrepiento: allí se fraguan proyectos atroces, y reina espantosa confusión con los bárbaros; la proscripción está ya decidida, no individualmente, sino en masa; vuestros bienes se consideran como presa legítima: digo vuestros bienes, incluyendo los tuyos, porque se proponen llegar á los últimos excesos contra tí. Más intenciones siempre han sido buenas, y nada tengo que censurarme en cuanto á ellas; pero debía haber tomado otras medidas. Debía haber permanecido en cualquier ciudad de Italia, y no moverme hasta que me llamasen: no hubiese dado tanto que hablar, y habría sufrido menos: y en último caso, no tendría que arrepentirme de esta falta. Permanecer miserablemente en Brindis me desagrada en todos conceptos. ¿Me acercaré á Roma, siguiendo tu consejo? Pero ¿cómo marchar sin mis lictores? Me los ha dado el pueblo y no

podrían quitármelos sin violencia. Solamente al acercarme á la ciudad les dispersé con sus haces entre la multitud, temiendo algún acto brutal de los soldados. Momentos hay en que yo mismo me encierro en casa.

Supongo que ya habrás visto á Oppio. Si les conviene que me acerque, consiento en ello, para estar más al alcance de sus indicaciones. Si he de darles crédito, César no solamente quiere preservarme de todo ataque, sino que también elevarme en favor y en dignidad; no habiendo nada que no pueda esperar y pretender. Sin embargo, creería mucho más en sus protestas y juramentos si hubiese permanecido ahí. Pero no hablemos del pasado: ocupémonos del presente nada más. Procura hablar con ellos. ¿No crees oportuno, salvo su opinión, indicar á César, para mi justificación, que todo lo he hecho por consejo de ellos? (1) Úneles á Trebonio, Pansa y algunos otros; que escriban á César que yo no he obrado sino por sus inspiraciones.

La enfermedad de Tulia me trae muy inquieto, sobre todo por la debilidad de su cuerpo; sé que le prodigas tus cuidados, y te lo agradezco en extremo.

Pompeyo ha concluído como debía concluir; no he dudado de ello ni un solo instante. Tanto los reyes como los pueblos conocían tan bien el estado de sus asuntos, que donde quiera que llegaba su suerte era inevitable. Mas no puedo menos de deplorarle: era hombre íntegro, de honor y valer.

(1) Es decir, por consejo de Oppio y de Balbo había conservado los lictores y los haces laureados. Igual consejo le dieron C. Trebonio y Pansa; éste por escrito y de parte de César, con quien se encontraba entonces en Asia, siendo propretor de la Bitinia, puesto que conservó en el intervalo comprendido entre el 9 de agosto de 706, día de la batalla de Farsalia, y el 3 de noviembre de 708, época en que se le encuentra en Roma esperando el momento de reemplazar á M. Bruto en el gobierno de la Galia Cisalpina.

¿Que te consuele por la muerte de Fannio? (1) Hablaba de tí con odio porque habías permanecido en Italia. L. Léntulo se había adjudicado por su parte la casa de Hortensio, los jardines de César y sus campos de Baias. Lo mismo sobre poco más ó menos se ha hecho en el otro partido; pero en el de Pompeyo no se retrocedía ni se detenían ante ninguna consideración. El que había permanecido allí era enemigo. Muchas cosas te diré en tiempo oportuno.

Dicen que mi hermano Quinto ha marchado al Asia para someterse. Nada sé de su hijo: infórmate de él por medio de Diocares, liberto de César (2), al que no he visto, pero él es quien ha llevado estas cartas de Alejandría. Dicen que vió á mi sobrino en Asia ó en camino de ella. Espero tus cartas con la impaciencia propia de las circunstancias; no me las hagas esperar. A III de las kalendas de diciembre.

CARTA VII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Muy grata me ha sido tu carta, en la que con tanto cuidado te ocupas de lo que me interesa. Conservaré, pues, mis lectores, puesto que parece bien que los conserve, habiendo concedido César la misma gracia á Sextio (3); y más

(1) Pereció en la batalla de Farsalia ó le mataron en Egipto. En cuanto á L. Léntulo, cónsul el año anterior, Ptolomeo le hizo dar muerte en la prisión en que le había encerrado. Imposible es censurar bastante la crueldad de este rey con Pompeyo y su repugnante ingratitud con el hombre que había hecho recobrar la corona á su padre.

(2) Este trajo las cartas que anunciaban la muerte de Pompeyo.

(3) Sextio había sido nombrado propretor en Cilicia después de la partida de los tribunos de Roma, y César, considerando nulo este acto, como todos los posteriores á este acontecimiento, tuvo que dar nuevos haces á Sextio, más bien que conservarles los antiguos.

bien que concedido, habiéndoselos dado. Porque dicen que considera nulos todos los actos del Senado posteriores á la salida de Roma de los tribunos. Los míos puede dejármelos sin incurrir en contradicción. Pero ¿á qué hablar de lictores, cuando acabo de verme, ó poco menos, expulsado de Italia? Antonio me remitió copia de una carta de César, en la que decía estaba informado del regreso de Catón (1) y de Metelo (2) á Italia y de su propósito de presentarse en Roma; que no lo consiente; que su presencia podría excitar alteraciones, y que es necesario hacer salir de Italia á todos aquellos que no tengan permiso suyo para permanecer en ella. La carta está escrita bajo la influencia de profundo disgusto. Antonio se excusaba alérgando la necesidad de ejecutar las órdenes de César; é inmediatamente le envié á L. Lamia para que le dijese que por invitación urgente de César, transmitida por conducto de Dolabela, había regresado á Italia. En vista de esto, Antonio me ha exceptuado nominalmente en su edicto, lo mismo que á Lelio (3). Con mucho gusto hubiese prescindido de esto, y era muy fácil haberme comprendido sin nombrarme en una excepción general. ¡Cuántas humillaciones! ¡Cuántas injurias! Tú haces cuanto puedes para debilitar los golpes, y no pierdes por completo el trabajo. Al considerar tus esfuerzos para aminorar mis males, parecenme más ligeros. Te suplico no te canses de escribirme; procura convencerme de que no he perdido todo derecho á la estimación de los hombres honrados. De esta manera conseguirás

(1) Esto era un error. Catón había pasado á Africa.

(2) El tribuno del pueblo que quiso impedir á César que abriese el Tesoro público.

(3) D. Lelio Balbo mandaba la flota que tenía Pompeyo en las costas de Asia. Durante la guerra se había apoderado de una isla á la entrada del puerto de Brindis, de la que no pudieron arrojarle ni la noticia de la batalla de Farsalia, ni la falta de víveres, ni la pérdida de parte de sus naves.

el objeto que se propone tu amistad; pero ¿cómo me persuadirás? Por desgracia no hay medio. Solamente los acontecimientos pueden abrir camino; pero la fortuna es adversa. Mas ¿quién sabe? pueden ocurrir incidentes; ¿no han ocurrido ya? Me acusaban, por ejemplo, de no haber seguido á Pompeyo, y su catástrofe ha venido á justificarme por no haber llevado tan lejos el deber. Por todas partes murmuran porque no me encuentro en Africa: creo que no son los bárbaros, y de la nación más pérfida, los que deben defender la República, sobre todo contra un ejército tantas veces victorioso. Tal vez me reprobarán, porque parece, en efecto, que muchos varones importantes marchan á Africa (1), donde sé que se encontraban otros ya. Este es, sin duda, un punto vulnerable y me urge que los acontecimientos vengan en mi socorro. Necesario sería al menos que no me encontrase solo, y que á algunos otros, si no todos, pensasen también en ellos: porque si perseveran y la fortuna les favorece, ¿qué te parece será de mí? Me contestarás preguntándome qué será de ellos si quedan vencidos: al menos perecerán con honor. Estas reflexiones son dolorosas.

No me dices en qué te parece que Sulpicio (2) no ha obrado mejor que yo. No se aproxima, sin duda, á la gloria de Catón, pero vive exento de temor y remordimientos. Queda la situación de los que han permanecido en Acaya, y todavía tienen la ventaja de que son muchos, y que una vez regresados á Italia podrán entrar en el acto en sus casas. Continúa tú estos consuelos y procura justificarme.

Excusas tu venida; conozco los motivos que te detienen, y comprendo además que me interesa que permanezcas en Roma para obrar y hablar oportunamente como lo ha-

(1) Para reunirse allí con Catón.

(2) Sin duda Servio Sulpicio se había retirado á alguna ciudad central de la parte de Acaya, cuyo mando le dió César después.

ces. He aquí un punto que te recomiendo con especialidad. Supongo que no faltan gentes que dicen ó que dirán á César que me arrepiento de lo que he hecho y que estoy descontento de lo que pasa. Muy cierto es; pero lo afirman sin saberlo y con pérñda intención. Necesario es que Balbo y Oppio se encarguen de atender á esto y que no dejen de escribir á César para mantenerle en buenas disposiciones hacia mí: cuida diligentemente de que así lo hagan. Otra razón tengo para querer que permanezcas en Roma, y es el grandísimo deseo de ello que tiene Tulia. ¡Oh desgracia! ¿Qué te diré? ¿Acaso sé lo que quiero? Abreviemos. Me ciega el llanto: encárgate de todo. Piensa, sin embargo, en el tiempo en que vivimos, y no hagas nada que pueda perjudicarte. La angustia y las lágrimas me impiden detenerme en este asunto, y solamente te mostraré mi profundo agradecimiento por las pruebas de cariño que recibe de tí mi hija.

Bien has hecho en escribir por mí á unos y á otros. He visto á uno que ha encontrado á Quinto el hijo en Samos, y al padre en Siciona: su reconciliación será fácil. Como le verán antes que yo, deberían hacer en favor mío lo que en su lugar no dejaría yo de hacer por ellos. Dícesme que no eche á mala parte los párrafos de tu carta que me parecieron algo vivos: te aseguro que todo lo tomo muy bien: te ruego, pues, que continúes escribiéndome francamente, como lo haces, y que me escribas con frecuencia. Adiós
xiv de las kalendas de enero.

CARTA VIII.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Por bien que imagines lo que sufro, mejor lo sabrás por Lepta y Trebacio (1). Demasiado caro pago una ligereza que te empeñas en hacerme considerar como acto de prudencia. No dejes sin embargo de sostenerlo y de escribirmelo cuantas veces puedas: tus cartas me consuelan mucho. Es necesario que influyas con los que me quieren bien y que tienen favor con Balbo y con Oppio especialmente, y que les decidas á escribir eficazmente en favor mío. Asegúrame que tratan de perjudicarme: se ha hablado y se han escrito cartas. Procuremos burlar estos ataques, que son muy graves. Fífo está allá y es acérrimo enemigo mío. Quinto ha enviado á su hijo para que interceda por él en primer lugar, y en segundo para que declame en contra mía. Dice á cuantos quieren oírlo que yo le he acusado ante César, en lo que César y sus amigos le desmienten terminantemente: mas no por eso deja de propalar en todas partes injurias contra mí. Esto es increíble y la pena que más me aflige. Hame referido quien las oyó cosas que ha dicho públicamente en Siciona, que me son muy ofensivas. Conoces su carácter y hasta lo has experimentado; ahora me ha tomado por blanco. Pero estos detalles aumentan mi dolor y son muy á propósito para entristecerte también. Vuelvo, pues, á mi súplica: decide á Balbo para que mande un mensajero á César, según convinimos, y continúa escribiendo en mi nombre á cuantos conviene hacerlo. Adiós, vi de las kalendas de enero.

(1) Dos amigos íntimos de Cicerón, siendo Trebacio de los más antiguos.

CARTA IX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Muy cierto es, como dices, que he obrado á la vez con ligereza y precipitación: ya no hay esperanza: las excepciones de los edictos me encadenan (1). Si tu activa é inquieta amistad no se hubiese cuidado de esto, podría retirarme á cualquier soledad; pero ahora no puedo hacerlo. ¿De qué me sirve haber llegado antes de entrar en funciones los tribunos, si hubiese sido mejor no venir? ¿Qué puedo esperar de un hombre que nunca ha sido amigo mío, cuando me encuentro ya bajo el peso de la ley? Las cartas de Balbo son más frías cada vez: muchos escriben á César, y tal vez en contra mía. Me he perdido por culpa propia. La casualidad no ha intervenido; y solamente de mí debo quejarme. Al ver el carácter de la guerra, imprevisión y debilidad por un lado, energía y actividad por otro, pensaba permanecer neutral (¿qué hacer?), y esta determinación, si no era la más heroica, era en mí más excusable que en otro cualquiera. Pero me dejé aconsejar, ó más bien imponer otra por mis amigos. Uno de ellos, el mismo que tú me recomendabas, vas á conocerle por las cartas que te escribe á tí y á los demás (2). Nunca las hubiese abierto ni conocido á no

(1) Exceptuado por Antonio del número de los que no tenían permiso de César para permanecer en Italia. Cicerón no podía abandonarla sin ofender gravemente á César y tal vez de un modo irreparable. La excepción de Antonio la convirtieron en ley los tribunos, de los que era uno Dolabela, yerno de Cicerón.

(2) Su hermano Quinto. Apenas puede creerse tamaña bajeza de su parte, pero sus cartas le denunciaban y Cicerón las ofrecía á Atico,

ser por las siguientes circunstancias. Entregáronme el paquete, lo abrí para ver si traía alguna para mí: no había, pero encontré dos para Vatinio y Ligurio. Se las remití, y casi en el mismo momento les ví venir corriendo indignados y clamando infamia. Entonces me leyeron aquellas cartas llenas de horrores contra mí. Ligurio estaba enfurecido: decía que, gracias á su amistad, le había mostrado siempre desvío César, y que si le había otorgado favor y si le había dado tanto dinero, solamente había sido por agradarme. Sufrido ya este dolor, quise saber también lo que escribía á los otros; pensando en lo que iba á perjudicarse si su procedimiento se hacía público. Todas las cartas eran parecidas; te las remito. Si crees que le conviene lleguen á su destino, remítelas. Soy superior á tales ataques. Las cartas están abiertas, pero creo que Pomponia tiene un sello. Su mal humor estalló al principio de nuestra travesía, y á causa de un abatimiento del que no he podido levantarme. Dicen que su propósito no es tanto favorecerse como perjudicarme. Todo se reúne para agobiarme. En medio de mis dolores aparece uno que vale él solo tanto como todos los demás; y es, dejar á mi pobre hija (1) abandonada, sin patrimonio, sin recurso alguno. Por esta razón deseo tanto verte, como me has prometido. No tengo á nadie más que á tí á quien recomendarla, puesto que veo á su madre destinada á las mismas pruebas que yo. Si no puedo verte, considera hecha la recomendación, y evita en todo lo posible los furros de su tío. Hoy es el día de mi natalicio (2). ¡Ojalá no hubiese nacido! ¡ó al menos que mi madre no hubiese dado á luz otro hijo después! El llanto me impide continuar.

(1) Tulia.

(2) 3 de enero.

CARTA X.

CICERÓN Á ÁTICO SALUD.

Más increíbles angustias aumentan con lo que me refieren de mi hermano Quinto, de su hijo y de mis amigos. P. Terencio ha tenido que terminar obras en Asia, donde es viceadministrador de rentas. Vió al joven Quinto en Efeso el vi de los idus de diciembre (1), y después de colmarle de atenciones, por respetos á nuestra amistad, le preguntó noticias mías; á esto, según Terencio, contestó que me odiaba, y le mostró un discurso preparado para pronunciarlo delante de César contra mí. Terencio le preguntó si estaba loco, y le hizo todo género de observaciones. Después encontró á mi hermano en Patras, oyendo iguales improperios. Puedes juzgar de su animosidad por las cartas que te he comunicado. Sé que todo esto te aflige, y para mí es un suplicio, tanto mayor, cuanto que ni siquiera tendré el recurso de quejarme. Las noticias de Africa son de todo punto diferentes á las que tú me comunicas (2). Dicen que allí cuentan con fuerzas y están completamente preparados. Además, España se declara (3), y la Italia se separa (4). Las legiones han perdido en número y no se

(1) 8 de diciembre.

(2) Después de la batalla de Farsalia, Escipión y Catón pasaron á Africa. El rey Juba y Varo se reunieron con ellos, sumando entre todos considerables fuerzas.

(3) El hijo de Pompeyo había comenzado de nuevo la guerra en ella. Trebonio, que tenía el mando de la provincia, se vió obligado á abandonarla. César acudió á sostener esta nueva guerra después de vencer á Escipión en Africa.

(4) En efecto, la maltrataban demasiado los cesarianos, y especialmente Antonio, para que no se volviese contra César.

encuentran animadas del mismo espíritu: las cosas de Roma son un caos. En medio de todo esto, imposible es dar expansión al ánimo, sino leyendo tus cartas, que seguramente serían más frecuentes si tuvieses algún consuelo que ofrecerme. Sin embargo, te ruego no dejes de comunicármelo todo; y si no puedes odiar á los que tan abiertamente se declaran enemigos míos, repruébales al menos; no porque espere que esto les corrija, sino para que sepan que no has dejado de ser amigo mío. Te escribiré con más extensión cuando reciba tu respuesta á mi última carta. Adiós, xii de las kalendas de febrero.

CARTA XI.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

Abrumado por mis excesivos padecimientos, apenas podría tener fuerza para escribirte aunque fuese indispensable hacerlo; y con mayor razón cuando verdaderamente nada tengo que decirte, y sobre todo cuando no veo probabilidad alguna en mi favor. Hasta cuento ya menos con tus cartas, y sin embargo siempre encuentro en ellas algo que me es grato: continúa, pues, escribiéndome siempre que encuentres á quien confiar tus cartas. Nada tengo que contestar á tus últimas, de fecha bastante lejana ya. Veo que en el intervalo ha cambiado mucho el aspecto de los negocios. La fuerza vuelve á donde debe estar, y mi imprudencia podrá costarme cara (1). Es necesario pagar á P. Salustio los treinta mil sextercios que he recibido de su

(1) Es decir, que se robusteciese la causa de la República; y he aquí que Cicerón temblaba por haberse hecho proteger cerca de César y por César.

hermano Cneo. Te ruego vigiles para que no se retrase este pago, acerca del cual he escrito á Terencia. Este dinero está ya casi consumido; así es que has de ver con ella la manera de procurarme más. Sabiendo que tengo fondos disponibles allí, podré quizá tomarlos aquí; pero antes de pedir á alguno, necesito esta seguridad. Ya ves cuál es mi situación bajo todos aspectos; no hay sufrimiento que no padezca ó espere, y por culpa mía, razón por la cual me son más penosos. Quinto se encuentra en Acaya, y no cesa de denigrarme: ya ves que tus cartas no han influido en mi ánimo. Adiós, VIII de los idus de marzo.

CARTA XII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Esta tarde, VIII de los idus de marzo (1), me ha traído Cefalión una carta tuya. Esta mañana te remití una por medio de mis mensajeros; pero, según veo, estás inquieto por saber cómo pienso presentar á César mi salida de Italia (2), y sobre esto especialmente tengo algo que decirte. No tengo nuevas explicaciones que darle: muchas veces le he escrito, y á bastantes otros he dicho que, á pesar mío, no pude resistir el desencadenamiento de la opinión. Esta ha sido la razón capital. No deseo en manera alguna hacerle creer que he recurrido á consejos extraños para asunto de tal importancia. Después me ha escrito Balbo Cornelio el joven, y, según su carta, César está convencido de que mi hermano Quinto fué quien tocó marcha, así lo escribe. Ig-

(1) 8 de marzo.

(2) Su marcha de Italia para reunirse con Pompeyo.

noraba yo entonces lo que mi hermano escribía de mí á unos y otros, á pesar de que su lenguaje y modales me hacían muy penosa su compañía. Sin embargo, escribí lo siguiente á César, por medio de Nilo:

«No me preocupo menos de mi hermano Quinto que de mí mismo; pero no me atrevo á recomendártelo en la posición á que me han traído las circunstancias. Solamente me atreveré á dirigirte una súplica, y es, que creas que jamás ha tratado de influir en mí contra tí, ni de enfriarme para contigo. Convéncete, por el contrario, de que sus consejos han tendido siempre á aproximarnos; que no ha sido mas que compañero pasivo y no instigador de mi fuga. Dígnate, pues, de conservarle tu bondad y obrar con él según los impulsos de tu amistad. Que mi hermano no tenga nada que sufrir por causa mía: te lo ruego reiteradamente.»

En caso de avistarme con César (y no dudo que éste le reciba bien, según ha indicado ya), seré para con mi hermano lo mismo que he sido siempre. Creo que ahora debo mirar con inquietud hacia el lado de África. Dices que allí se lucha mucho menos para vencer que para ponerse en situación de convenir. ¡Ojalá suceda así! Desgraciadamente no lo creo, y estoy convencido de que tú tampoco lo crees, sobre todo en el momento en que España se une al África (1). No quieres engañarme, pero tienes empeño en infundirme valor. Me invitas á escribir á Antonio y á los otros; quisiera que lo hicieses tú por mí, si es necesario, como ya lo has hecho. Yo no sabría en verdad qué lenguaje emplear con ellos. Te han dicho que me encontraba más abatido que nunca. ¿Cómo había de suceder otra cosa? ¿no ves cómo aumentan mis penas, y qué cosas tan bellas está haciendo

(1) Es decir, que la reunión de España y Africa es una razón más para creer que no quieren reconciliación, sino hacer la guerra a toda costa.

mi yerno? (1) Te ruego no dejes de escribirme siempre que puedas, aunque nada tengas que decirme. Nunca son estériles tus cartas. He tomado posesión de la herencia de Galeón. Creo que me ha instituído heredero único, porque no me han notificado ninguna otra disposición de parte suya. A VIII de los idus de marzo.

CARTA XIII.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

No he recibido aún la carta que trae el liberto de Murena (2), y contesto á la que me entregó P. Siser. Es igualmente falso lo que me refieres de las cartas de Servio el padre, como lo que te han dicho del viaje de mi hermano Quinto á Siria. Me preguntas cómo se portan conmigo las gentes de aquí y los que pasan. No me son hostiles; mas ¿qué adelanto con ello? esto es lo que sabes tan bien como yo. De todos los sinsabores que me abruma, el mayor es verme en tal posición, que tengo que desear por interés

(1) Dolabela quería hacer aprobar muchas leyes sediciosas, siendo una de ellas la que descargaría de sus deudas á los que las tenían, en cuyo número se encontraba él, quitando además á los propietarios de casas un año de alquiler. Trebelio, el otro tribuno, se oponía á ello, naciendo de esta desavenencia multitud de desórdenes. Por las calles de Roma solamente se veía gentes armadas dispuestas á llegar á las manos. El populacho, según Tito Livio, comelia los mayores excesos. En vista de esto, Antonio, jefe de la caballería, con el permiso del Senado, introdujo tropas en Roma y mató ochocientos plebeyos; pero esta hazaña, lejos de restablecer la paz, dió origen á la tercera facción, la de Antonio y el Senado.

(2) L. Licinio Murena, el antiguo cliente de Cicerón y su huésped en Alsino en 709.

mío lo que más he temido siempre (1). Dicen que P. Léntulo, el padre, se encuentra en Rodas (2); que su hijo está en Alejandría, y es cierto que C. Cassio (3) está en camino de Rodas para Alejandría. Quinto acaba de dirigirme una justificación cuyos términos son mucho más duros aún que todo cuanto ha podido decir en medio de su mayor enojo. Dice que ha visto por tus cartas que no estás contento de lo que había escrito de mí á ciertas personas; lamenta haberte disgustado, pero estaba completamente en su derecho, y entra en injuriosos detalles de sus razones. Hoy, como antes, elige para mostrar su aversión el momento en que me agobia el infortunio. ¡Ojalá me encontrase á tu lado, aunque hubiese pasado las noches como me decías! Ahora no sé cuándo ni cómo te veré.

No es necesario que me hables de los coherederos de Fidio. La petición es justa y hubiese aprobado cuanto has hecho.

Siempre he tenido intención de rescatar la finca de Frusino: mucho tiempo hace ya que te lo dije; verdad es que entonces se encontraban mejor mis asuntos y menos desesperados los de la República: sin embargo, persisto en ello. Ten la bondad de disponer lo que deba hacerse; y vé también, si tienes lugar para ello, dónde debo tomar fondos para mis necesidades diarias. Todo el dinero contante que pude adquirir, lo puse á disposición de Pompeyo en tiempo en que creí dar, por este medio, prueba de penetración.

(1) Cicerón se queja de verse reducido, desde su regreso á Italia, al extremo de aprobar los actos de César, que siempre había desaprobado, porque no le queda otro medio de salvación. Si marcha á alguna ciudad neutral, cosa que antes pudo hacer con el consentimiento y hasta agrado de César, pone en peligro su vida y su fortuna.

(2) Esto era falso: los Rodianos no quisieron recibirle, como tampoco á Pompeyo y gran numero de fugitivos ilustres.

(3) C. Cassio mandaba la flota de naves sirias que la de César dispersó en el mar de Sicilia.

Después me ví obligado á recurrir á tu administrador y á contraer otras deudas también, porque mi hermano me escribía quejándose de que nada le había dado. Advierte que nada me había pedido y que el dinero de Pompeyo ni siquiera pasó por mis manos. Te ruego, pues, que veas cómo puedo adquirir recursos, y aconséjame, puesto que conoces la causa del mal. El dolor me impide escribirte más: si hay que hacerlo á algunos, te ruego les escribas por mí, como de costumbre, y no dejes de escribirme también. Adiós.

CARTA XIV.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Bien haces, ante los males que nos afligen á todos y muy especialmente á mí, en suprimir consuelos que tú mismo confiesas ser imposibles. Mi posición ha cambiado mucho. Al principio no me creía solo, pero he aquí que todos los que se encontraban en Acaya ó en Asia para hacer la paz, marchan, según se dice, al Africa, sabiendo ó no sabiendo lo que ha ocurrido allí (1). Así es que, exceptuando Lelio, nadie hay que haya compartido mi falta; y hasta es muy ventajoso para mí que tal suceda, porque ya está hecha su reconciliación. No dudo que César haya escrito ya relativamente á mí á Balbo y á Oppio; pero si hubiese buenas

(1) La ignorancia en que estaban de los asuntos de Alejandría la tomaron como prueba de que iban mal para César, como efectivamente fueron bastante mal al principio; partiendo de esto, y olvidando lo que le habían pedido y esperaban de él, es decir, su perdón, se aprestaban á pasar al Egipto para volver de nuevo sus armas contra él. Por lo demás, á César no le detuvo tanto en Alejandría la ocupación que le daba el rey Ptolomeo, como la belleza de Cleopatra, cuidándose muy poco de que esto se supiese.

noticias, me las habrían trasmitido y te habrían hablado. Te ruego que procures verles, y escribeme lo que te digan. Y no es que considere yo las palabras como garantías; pero esto me permitiría al menos respirar y tomar mis disposiciones. Aunque me repugna presentarme, sobre todo con tal yerno, no veo sin embargo nada mejor para mí en el extremo en que me encuentro. Según me escriben Pansa é Hircio (1), Quinto no cambia, y se dice que marchará con los demás al Africa. Escribiré á Minucio á Tarento, y le enviaré tu carta. Te avisaré si ha hecho algo ó no. Me pregunto cómo has podido reunir treinta mil sextercios-como no hayas conseguido muchos bienes de Fufidio (2). Te aguardo; pero ¡cuánto mayor sería mi placer viéndote, si esto fuese posible! El momento es muy crítico, y fácil te sería juzgar cuál es el partido menos malo para mí. Adiós.

CARTA XV.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Puesto que tan justas causas te retienen en este momento, haciendo imposible que te vea, te pregunto: ¿qué debo hacer? Dímelo. El héroe continúa en Alejandría, y no se cuida de escribir acerca de lo que allí pasa. Y he aquí que el ejército de Africa les va á caer encima, y los de Acaya y de Asia, que están dispuestos á reunirseles, ó se detendrán en alguna plaza neutral. ¿Qué crees que debo hacer yo? Demasiado veo que el consejo es difícil. Soy el único, á lo

(1) C. Vibio Pansa y L. Hircio, cónsules en 710, y muertos los dos en la batalla que se dió contra Antonio bajo los muros de Módena.

(2) Cicerón tenía sin duda parte en esta herencia, así como parece que Atico fué el ejecutor testamentario de Fufidio.

más con algún otro, que por un lado tiene cerrado el regreso y por el otro la esperanza. Sin embargo, quiero conocer tu pensamiento, y este es el principal motivo, entre otros muchos, que me hace desear tanto verte. Minucio no me ha pagado, como ya te he dicho, más que doce mil sextercios: te ruego cuides de que cobre el resto. Lejos de mostrar ni el menor arrepentimiento, Quinto me ha escrito una carta abominable. En cuanto á su hijo, su odio no tiene límites. No hay pesar que no caiga sobre mí. Pero todo me sería llevadero sin el convencimiento de mi falta, que á todas horas me abruma. Si los demás hubiesen caído como yo, tendría como sombra de consuelo. Contempla al que quieras, y en todos encontrarás razón para su conducta; únicamente yo carezco de ella. Algunos fueron cogidos ó cortados, pero claramente se ve lo que querían: que les dejen escapar ó reunirse, como se demostrará. Los que voluntariamente marcharon á Fusio no pueden considerarse mas que como tímidos. Otros están esperando allá, pero les bastará presentarse, porque siempre serán recibidos. En vista de esto, no puedes extrañar el angustioso estado de mi espíritu. No hay otra posición que la mía de la que no pueda salirse: pongamos también la de Lelio: ¿adelanto algo? Dícese que C. Cassio (1) ha cambiado de opinión y no marcha ya á Alejandría. Te escribo todo esto, no porque espere consuelos de tí, sino porque tengo curiosidad por saber lo que me dirás al ver los males que me agobian. Mi yerno se une á los demás, y hay cosas de que no puedo es-

(1) El rumor que había corrido acerca de su marcha de Rodas para reunirse con César en Alejandría parecía poco verosímil de parte de un hombre que había de llegar á ser uno de sus asesinos; era, sin embargo, verdadero, aunque parece que Cicerón lo desmiente. Cassio había marchado con toda su flota. Si después conspiró contra César, antes fué por vengar las heridas que éste le había causado en su amor propio, que por castigar al opresor de la libertad romana.

cribirte porque me lo impiden las lágrimas. ¿No es también un suplicio el hijo de Esopo? (1) Nada falta á mis males, y soy el más desgraciado de los hombres. Vuelvo al principio: ¿qué hacer? ¿deberé acercarme poco á poco? ¿habré de cruzar el mar? Permanecer aquí más tiempo es imposible. ¿Por qué no se ha terminado con los bienes de Fufidio? Esta clase de asuntos nunca dan lugar ni á la dificultad más pequeña: si una de las partes es demasiado débil, fácil es restablecer la igualdad por la vía de la licitación. No te hablo de esto sin motivo. Sospecho que los herederos, viendo la inseguridad de mi posición, procuran ganar tiempo. Adiós. Víspera de los idus de mayo.

CARTA XVI.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

En otra ocasión he podido engañarme, pero hoy no es culpa mía si nada tranquilizador veo en esta carta. Dos palabras apenas y que sospecho mucho no sean tuyas. Estoy seguro de que tú tampoco te has dejado engañar. Seguiré tu consejo y no saldré á su encuentro. En último caso, nada hay tan inseguro como su regreso. Los que vienen del Asia aseguran que no se trata de paz ni por asomo; y por la paz me encuentro yo en este trance. Por ningún lado veo claro, sobre todo después de ese descalabro en Asia, y el giro que han tomado las cosas en Iliria (2), con Casio (3),

(1) Este hijo depravado del gran actor, amigo de Cicerón, era entonces uno de los amantes de Metela, con la que sostenía también relaciones criminales Dolabela, el yerno de Cicerón, sacrificando así á Tulia, á la que amenazaba ya con el divorcio.

(2) La derrota de Gabinio en Iliria, después de la batalla de Farsalia, por M. Octavio, que mandaba la flota de Acaya por Pompeyo.

(3) Quinto Casio Longino, á quien César había dejado el mando de

en la misma Alejandría (1), en Roma y en Italia. Por mi parte, estoy convencido de que, á pesar de que se encuentre en camino, y de que todavía combatía como se dice (2), las cosas quedarán terminadas antes de su regreso. Me escribes que la noticia de su carta ha producido cierta alegría en el buen partido (3): veo que recoges todo aquello que crees capaz de procurarme algún consuelo. Pero creo que ningún buen ciudadano me creará tan apegado á la vida que quiera debérsela á él, tanto más, cuanto que sería el único en este caso. Los que se encuentran en Asia esperan el desenlace de los acontecimientos: los que están en Acaya continúan anunciando su sumisión á Fufio. Al principio temieron como yo é iban á tomar el mismo partido. Después vino el momento de tregua de Alejandría que les salva y me pierde. Insisto, pues, en lo que ya te he preguntado: si en asunto tan perdido ves algo que pueda yo hacer, no tardes en decírmelo. Admitiendo que quieran recibirme (y como ves, no es cosa decidida), mientras dure la guerra ¿qué hacer? ¿dónde ir? Si me rechazan, la situación empeorará más. Espero carta tuya, y cuento con que me dirá terminantemente lo que piensas; te lo pido por favor. Me aconsejas que comunique á Quinto mi carta: así lo haría si la tal carta lo mereciese: además me escriben de Patras estas palabras: «No me encuentro mal aquí para los tiempos que corren; y estaría mejor si no tuviese el disgusto de oír á tu hermano hablar de tí de muy distinta manera que debería hacerlo.» Dices que se queja de que no le contesto: le contesté por medio de Cefalión, pero hace

España, y que la maltrató hasta el punto de que César tuvo que destituirle. Pereció en la desembocadura del Ebro cuando regresaba á Italia.

(1) Cuando fueron rechazadas las tropas de César, casi completamente destruída su flota y él mismo tuvo que salvarse á nado.

(2) César pasó cerca de nueve meses en Alejandría.

(3) Esta carta de César era falsa.

muchos meses que detienen á éste vientos contrarios. Ya te he dicho que el hijo de Quinto me ha escrito con suma insolencia.

He reservado para el final un encargo que tengo que hacerte, suponiendo que lo encuentres conveniente y que quieras aceptarlo. ¿Podrías convenir con Camilo para decir algo á Terencia acerca de su testamento? (1) Las circunstancias la imponen el deber de arreglar sus asuntos y pagar sus deudas. Según dice Filótimo, sus intenciones son indignas; no me atrevo á creerlo; pero si algo puede hacerse para corregir esto, no lo descuides. Escíbeme acerca de todo lo que pasa, pero más especialmente acerca de este punto. Tengo mucha necesidad de tus consejos: si no puedes darme ninguno, dímelo; al menos sabré á qué atenerme. A m de las nonas de junio.

CARTA XVII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Voy á escribirte muy poco, porque el portador de esta carta tiene prisa; no me pertenece, y muy pronto te enviaré un mensajero. Mi Tulia llegó aquí la víspera de los idus de junio: no cesa de encarecer tus atenciones y bondades, y me entregó tres cartas tuyas. Mi corazón, en vez de saltar de alegría á la vista de mi hija, de una hija tan virtuosa, tan amable, tan cariñosa, se estremeció por el contrario con mortal dolor al pensar en los crueles sufri-

(1) Cicerón y su esposa habían convenido en hacer testamento, tomando ciertas disposiciones particulares en interés de su hijo y de su nieto. Teniendo en cuenta las circunstancias, era muy importante hacerlo pronto, así como también contar las deudas y pagarlas.

mientos de esta mujer admirable, y al considerar que esos sufrimientos son obra exclusivamente mía, y que nada tiene ella que censurarse. Cesa, pues, de buscar consuelos para mí, porque veo que te esfuerzas en encontrarlos; ni consejos, que ya no son posibles, porque todos los has agotado, especialmente en tus últimas cartas. Pienso enviar á Cicerón con Salustio al encuentro de César. En cuanto á Tulia, no veo razón para detenerla aquí en medio de todos mis sufrimientos, y la enviaré con su madre en cuanto quiera marchar. Si no contesto á la carta que me has escrito por vía de consuelo, es porque fácilmente adivinarás mi respuesta, y además te la dí de antemano.

Lo que me refieres de las noticias de Oppio concuerda muy bien con mis presunciones; pero estoy seguro que jamás se persuadirán de que, diga lo que quiera, apruebe nada de lo que hagan. Sin embargo, seré tan cauto como pueda, á pesar de que no veo lo que haya de perder ó ganar con su odio.

Aprecio muy bien la fuerza de las razones que te impiden venir, pero me contrarían mucho. Nada anuncia aún su marcha de Alejandría, y es seguro que no ha llegado nadie desde los idus de marzo (1), y que no han recibido cartas de César después de los idus de diciembre (2): lo cual demuestra claramente que esa carta del v de los idus de febrero (3), que en último caso nada probaría aunque fuese cierta, es apócrifa. Sé que L. Terencio ha abandonado el África y llegado á Pestum (4). ¿Qué traerá? ¿cómo ha podido partir? ¿qué ocurre en África? Todo esto quisiera saber. Dicen que le ha enviado Nasidio (5). Si te enteras

(1) 15 de marzo.

(2) 13 de diciembre.

(3) 9 de febrero.

(4) Ciudad de Lucania, en la desembocadura del Silaris.

(5) Pompeyo había enviado á L. Nasidio con diez y seis naves á Domicio, que se encontraba en Marsella, y en socorro de la plaza.

de algo, haz el favor de decírmelo. Haré lo que me dices en cuanto á los diez mil sextercios. Adiós: xii de las kalendas de julio.

CARTA XVIII.

CICERÓN Á ATICO, SALUD.

Nada se dice aún de la salida de César de Alejandría, sino que, por el contrario, se le cree abrumado por los negocios. Así es que renuncio por ahora á enviar á Cicerón, y tú procura sacarme de aquí. Lo peor que podía acontecerme es quedar condenado á permanecer más tiempo en este paraje. Acabo de escribir á Antonio, á Balbo y á Oppio. Bien se libren las batallas en Italia, bien se combata en el mar, no me conviene continuar aquí: y de estas dos hipótesis, una se realizará seguramente, si no las dos.

Por lo que me refieres de tu conversación con Oppio, veo claramente cuál es la opinión de todos: te suplico encarecidamente que la hagas cambiar. Sólo entreveo desgracias. Y, lo repito, nada hay tan detestable como la posición en que me encuentro: he aquí por lo que quisiera que te entendieses con Antonio y los demás; hazlo así cuanto antes, y escíbeme lo más pronto posible. Adiós: xii de las kalendas de julio.

sitiada por César. Por este pasaje de la carta de Cicerón parece que Nasidio mandaba entonces en las costas de Africa.

CARTA XIX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

No he dejado de escribirte siempre que he podido enviarte mis cartas, hasta cuando nada tenía que decirte. Tú, en cambio, me escribes menos que antes y con más brevedad, sin duda porque crees que nada bueno puedes comunicarme. Aunque así sea, continúa escribiéndome, por poco que tengas que decirme y sea lo que quiera. La única noticia buena para mí sería que se ocupaban de la paz. No creo en ella, pero basta que deslices tú una palabra en alguna carta para trocar en esperanza un deseo que apenas me atrevo á formar. Se espera á Filótimo para los idus de agosto (1). Esto es todo lo que sé. Te ruego me contestes acerca de todo lo que anteriormente te he escrito (2). No tengo tiempo mas que para tomar las precauciones que exigen las circunstancias, cuando nunca había tomado yo ninguna. Adiós: xi de las kalendas de agosto.

CARTA XX.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD.

Fácilmente veo á qué se reduce tu larga carta: no tienes consejo con que ayudarme, ni tampoco consuelo, porque no lo hay para sufrimientos como los míos. La casualidad

(1) 13 de agosto.

(2) Lo concerniente al testamento de su esposa.

no ha intervenido en mi desgracia: esta idea me la haría soportable; pero todo procede de mi ceguedad. Encontrárame enfermo de cuerpo y de ánimo, y ninguno de los míos quiso venir en mi auxilio. Así, pues, si de tí no puedo esperar ya consejos ni consuelos, no te los pediré en adelante. Pero te suplico que no dejes de escribirme cuanto se te ocurra, siempre que encuentres á quien encargar tu carta. No tendrás mucho tiempo que dirigírmelas. Según una carta de Sulpicio, César no se encuentra ya en Alejandría. Este es un rumor muy vago, pero que confirman sin embargo todas las noticias posteriores. Verdadero ó falso, nada me importa, ni sé tampoco lo que debo desear.

En cuanto al testamento, te repito lo que antes te dije: ¡ojalá lo pongan en manos seguras! Te ruego que cuides de ello. Me aflige el insensato amor de mi pobre hija: ninguna mujer es tan desgraciada: si yo pudiese aconsejarla algo, te suplico me lo digas. Pero temo que este consejo te sea tan difícil como en todo lo demás, aunque esto me afecta mucho más que aquello (1). En el pago del segundo plazo de la dote estuvimos ciegos (2): quisiera haber hecho otra cosa, pero el mal ya está consumado. Te ruego, como el hombre más apurado, que reunas en mi casa todo lo que pueda venderse, muebles ó vajilla, y lo poco que se obtenga lo pongas en seguridad. Ya tocamos á la catástrofe: la paz es imposible, y el actual estado de cosas va á desaparecer aunque sea por sí mismo. Habla á Terencia si encuentras oportunidad. No puedo escribirlo todo. Adiós: 11 de las nonas de julio.

(1) Créese que se refiere á las relaciones de Dolabela con Metela, relaciones que no ignoraba Tulia, siendo la causa principal de su tristeza.

(2) Esta segunda parte de la dote había sido pagada á Dolabela el año anterior.

CARTA XXI.

CICERÓN Á ÁTICO, SALUD

Me escribe Camilo que habéis celebrado la entrevista que tanto deseaba yo: espero tu contestación, pero considero imposible un cambio cualquiera aunque fuese indispensable. Sin embargo, como él me escribe, siento que no lo hayas hecho tú también. ¿No has recibido el aviso? ¿estarás enfermo? En tu última te quejabas de cierto malestar. El xii de los idus de julio (1) llegó de Rodas un tal Acasio, quien me dijo que Quinto partió el iv de las kalendas (2) para reunirse á César. La víspera había llegado Filótimo á Rodas, y traía cartas para mí. Tú mismo escucharás á Acasio; pero camina muy despacio, por cuya razón voy á encargár á otro más ligero esta carta. ¿Qué dirán esas cartas de Filótimo? lo ignoro. Pero Quinto me felicita mucho. Por mi parte, he cometido tantas faltas, que ni siquiera imagino nada tolerable.

Te ruego pienses en esa desgraciada. Como ya te dije, es necesario realizar algo para ponerla al abrigo de la miseria. Piensa también en el testamento. ¡Ojalá me hubiese decidido antes, pero he tenido miedo de todo! Ante acontecimientos tan detestables, el divorcio es lo más conveniente, porque al menos sería señal de vida. Esa proposición de abolir las deudas, esas violaciones de domicilio, esas relaciones con Metela, esos escándalos de todo género, eran mucho más de lo necesario (3). No hubiese desapare-

(1) 8 de julio.

(2) 29 de mayo.

(3) Dolabela y Trebellio combatían uno contra otro, tanto de día

cido entonces el caudal y hubiese mostrado yo sentimientos viriles. Recuerdo tus consejos: ¡pero este instante es tan crítico! ¿De qué han servido tantos miramientos? Ahora es él quien parece que nos amenaza con el divorcio. ¿En qué situación nos encontramos, ¡oh dioses! si todo lo que se dice es cierto? ¿Cómo! sin hablar de lo que me atañe, ¿es mi yerno quien propone una bancarrota? Es indispensable el divorcio; lo quiero como lo quieres tú. Tal vez pedirá la tercera parte de la dote. ¿Deberé esperar? ¿será mejor que me adelante? ¿qué me aconsejas? Aunque tenga que caminar de noche, si no puedo de otra manera, es indispensable que te vea. Deseo que me escribas acerca de esto y de cuanto pueda interesarme. Adiós.

CARTA XXI.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

El vi de las kalendas (1) recibí tu carta fechada el xii (2). Ya hace tiempo que había tomado mi partido acerca de las ofensas de Quinto, pero mi dolor ha recrudecido á la lectura de su carta (3). No podías tú abstenerte de remitírmela, pero hubiese preferido no haberla recibido. En cuanto al

como de noche, eligiendo los puntos más favorables de Roma, y de tal modo difundían la matanza y el incendio, que las vírgenes Vestales tuvieron que quitar de su templo los objetos sagrados. El temor de que César no perdonase estos excesos á Dolabela le hacía desear que terminase su vida con un crimen extraordinario, esperando immortalizar su memoria por este medio.

(1) 27 de agosto.

(2) 21 de agosto.

(3) La carta de Quinto á César en la que maltrataba á su hermano, y que César envió á Balbo para que la comunicase á Cicerón, lo cual tuvo lugar por mediación de Atico.

testamento de que me hablas, decide tú en cuanto al fondo y á la forma. Por el dinero contante, ya te dije lo que ella me había escrito. Si lo exigen [mis necesidades, tomaré donde me indicas. Es muy probable que César no se encuentre en Atenas para las kalendas de setiembre. Dices que tendrá mucho que hacer en Asia, especialmente con Farnaces. Se asegura que la duodécima legión, á la que Sila se dirigió primeramente, le recibió á pedradas; y se duda mucho que ni una sola quiera marchar (1). Créese que César marchará directamente de Patras á Sicilia: si lo hace así, tendrá necesariamente que venir aquí. Preferiría lo contrario. Hubiese podido, pero ahora temo verme obligado á esperarle, y dejar otra vez á esta desgraciada en un clima cuya pesadez aumenta sus males. Me aconsejas que me acomode á los tiempos: así lo haría si hubiese medio y ocasión; pero después de haber cometido tantas faltas, después de sufrir tantas ofensas de los míos, no me es posible tomar actitud digna, ni siquiera salvar las apariencias. Hablas de Sila: su conducta hubiese sido admirable, de emplear mayor moderación. Hoy debo prescindir de mí y considerar solamente el interés general, que ha venido á ser el mío. Escíbeme con frecuencia, porque solamente tú me escribes. Y aunque recibiese cartas de todos, preferiría, sin embargo, las tuyas. En cuanto á lo que me escribes de que está más afable con Quinto por consideración á mí, ya te dije que su hijo lo obtuvo todo al instante sin pronunciar ni una palabra acerca de mí. Adiós.

(1) Estas malas disposiciones de las legiones no procedían de vana adhesión de los soldados á la causa de Pompeyo, sino de que no se les pagaba, y no querían marchar antes de recibir lo que se les debía.

CARTA XXIII.

CICERÓN A ÁTICO, SALUD.

Conozco la verdad de lo que me escribes y por dos veces anteriormente has dicho á Tulia acerca de lo que me atañe (1). Aunque la medida estaba ya colmada, me encuentro más desgraciado aún al recibir tal afrenta sin dejar estallar mi resentimiento, ni permitirme impunemente la queja (2). Me resigno; mas á pesar de mi resignación, tendremos que venir á lo que tú me aconsejas evitar. Tanto me he comprometido, que en cualquier estado de cosas, y sea lo que quiera de la República, el resultado será igual para mí.

Continúo de mi puño, porque lo que voy á decirte ahora exige mayor secreto. Te ruego veas qué hay del testamento que se hizo cuando Terencia comenzó á no tener en cuenta mas que á sí misma y sus intereses (3). Creo que no te habrán conmovido sus reflexiones, puesto que no te consultó, como tampoco á mí. Siendo ésto así, y puesto que ya has abordado la cuestión con ella, paréceme que fácilmente podrás indicarla que se confie á un tercero, cuya fortuna nada tenga que temer de la guerra actual; á tí, por ejem-

(1) Tulia se encontraba entonces en Brindis con su padre.

(2) Parece que estas palabras se refieren á Dolabela, y que si no pice más es por temor á que se irrite César, amigo y protector de Dolabela.

(3) Este testamento estaba hecho ya cuando Cicerón rogaba á Terencia que lo hiciese, y, según relato de Filótimo, contenía cláusulas indignas. Acerca de la anulación de estas cláusulas quiere Cicerón que hable Atico á Terencia y que la decida á que confie á un tercero, al mismo Atico, la redacción de las nuevas cláusulas. Como se ve desde luego, estas cláusulas eran perjudiciales á Tulia, queriendo Terencia mejorar á su nieto, como también lo hizo Cicerón.

plo, que sería lo mejor si mi hija lo quisiera. ¡Pobre hija! la oculto mis inquietudes en este asunto. En cuanto al otro negocio, sé que nada se vende hoy; pero hay valores que pueden separarse y ocultarse para salvarlos de la ruina que nos amenaza.

Dices que tu fortuna y la mía bastan para mí y para Tullia. La tuya sí, pero ¿quién sabe lo que será de la mía? Por lo que atañe á Terencia, te referiré un rasgo entre muchos, al que nada puede añadirse. Le escribiste que me remitiera doce mil sextercios, que eran el resto del dinero constante: solamente me ha remitido diez mil: cuando ha sustraído cantidad tan pequeña de otra que es pequeña también, ¿qué habrá hecho en grandes sumas?

Nada sé de Filótimo; ni nada me ha dicho por escrito ó por medio de mensajero. Los que vienen de Efeso dicen haberle visto allí ocupado de sus procesos: es muy probable que nada se arregle antes de la llegada de César. Deduzco de esto que Filótimo cree no tener ningún motivo para apresurarse, es decir, que solamente habrá habido desprecios para mí, ó que si tiene algo interesante que decirme, no se tomará el trabajo de venir á decírmelo hasta que termine todos sus negocios. Esto me apesadumbra mucho, pero menos, sin embargo, de lo que podría creerse; porque nada me importa menos que las noticias de Alejandría. Ya sabes por qué hablo así.

Dices que necesito acomodar el semblante y el lenguaje á las necesidades de los tiempos. Cosa difícil es; sin embargo, sabría contenerme si viese alguna utilidad en ello. Crees que las negociaciones de África pueden seguirse por cartas: siento que no me des las razones que te hacen creerlo así, y en vano busco lo que puede convencerte de ello. Te ruego no dejes de escribirme si ves algo que pueda traerme consuelo, y aunque nada haya, no dejes de hacerlo. Por mi parte, si sé alguna noticia antes que tú, te la comunicaré. Adiós: vin de los idus de agosto.

CARTA XXIV.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

El xvii de las kalendas de setiembre (1) llegó C. Trebonio, que venia de Seleuca Pieria (2), habiendo caminado durante diez y ocho días. En Antioquia vió al hijo de Quinto con Hircio en casa de César. Más me regocijaría de esto si pudiese esperar que lo que han hecho con él sirviera de regla para mí: pero existen también otros muchos temores y por varias partes. Además, lo que se concede como señor puede revocarse. También ha concedido gracia á Salustio; y se dice terminantemente que no niega nada á nadie, siendo esto lo que me hace considerarlo todo como sujeto á revisión. M. Galio, hijo de Quinto, ha devuelto á Salustio sus esclavos. Galio llega para hacer pasar las legiones á Sicilia, á donde César debe marchar inmediatamente desde Patras (3). Si así es, seguiré mi primer pensamiento; me acercaré. Espero con impaciencia tu contestación á la carta en que te pedía consejos. Adiós: xvi de las kalendas de setiembre.

CARTA XXV.

CICERÓN A ATICO, SALUD.

El mensajero de Balbo me ha entregado puntualmente el paquete. Según indicas, estás inquieto por la carta de

(1) 16 de agosto.

(2) Ciudad de Siria, cerca de Apamea y de Antioquia.

(3) De Patras, de donde debía partir César para pasar á Sicilia, y de allí al Africa para combatir á Escipión y los restos del partido de Pompeyo.

que él se encargó (1). ¡Ojalá no la hubiese recibido, porque sólo ha servido para aumentar mis pesares! Si hubiera caído en manos extrañas, ¿á quién habría enseñado algo nuevo? ¿Hay cosa más pública que el odio que me profesa y el estilo de sus cartas? César ha mostrado ésta, no porque le guste el procedimiento, según creo, sino para hacer más públicos mis quebrantos. Porque cuando me dices que Quinto puede haberse perjudicado y que es necesario salir á su encuentro, olvidas que ni siquiera se han querido recibir súplicas tuyas: ciertamente no me disgusta esto, pero sí me desagrada ver que mi intervención no ha entrado por nada.

Creo que Sila estará aquí mañana con Mesala. Repelidos por las legiones, vuelven apresuradamente al lado de su amo, para decirle que los soldados quieren que se les pague antes de marchar. Por este motivo se verá obligado á venir, contra la opinión general. Se detiene en cada ciudad días enteros. Haga lo que quiera, también le detendrá Farnaces. ¿Qué me aconsejas? Mi salud resiste con trabajo la influencia perniciosa de este clima; y este es un padecimiento nuevo que se une á los anteriores. ¿No podría excusarme de esperarle por medio de alguno de los que saldrán á recibirle, y acercarme algo á Roma? Piensa detenidamente en esto, te lo suplico, y una vez al menos, después de tantos ruegos inútiles, dame un consejo. Bien sé que no es cosa fácil, pero entre dos males puede elegirse el menor. Tu presencia me sería grandemente provechosa, y mucho adelantaría con ello. Vigila con atención, como me escribes, el testamento.

(1) La de Quinto á César.